Capítulo 43 ¡Pelo Pon Eso!

Domingo, 17 de noviembre de 2019

Primer día de mi nuevo periplo heleno. La idea era visitar esta semana próxima Nueva York con Rosalía, las mamás, Olga hija y Roberto rey. Sin embargo, en la embajada americana siguen dilucidando qué hacer conmigo, así que de Plan B me embarco directo al Peloponeso. El domingo anterior quedé con Pedro Mediavilla; conoce la región y me proporcionó consejos muy útiles.

Me despido pues de Agus y de Rosalía en la estación de autobús de Burgos. El ALSA de las 21 horas 45 va medio vacío y la BTT corratec superbow de Kekio viaja en primera enfundada en una inmensa caja de cartón de correos. Paso de la T4 a la T1 y tiro porque me toca. Compruebo el peso y aseguro la caja antes de tumbarme a dormitar unas horas. Facturo a las 4:30. Puntual tomo el vuelo Ryanair 6441 con destino Atenas, a donde llego a las 11 h 30' tras una travesía sin contratiempos. Un poco de frío sí que he pasado. Tomo un autobús X95, línea que me lleva a la plaza Sintagma (6€), centro neurálgico de la capital griega. Habitada desde hace 3000 años fue una poderosa ciudad estado en la Grecia clásica, vinculada a la navegación por su puerto de El Pireo. Tuvo un papel fundamental en el desarrollo de la democracia y del pensamiento filosófico. Aquí, cerca del Parlamento, monto la bici y pliego la caja. Con aspecto de bici flauta pongo rumbo al hostel Zorbas 8 € AD. Allí me espera una sorpresa agradable. el gerente del local me permite guardar la bici en el patio trasero y la caja en la luggage room hasta mi vuelta dentro de una semana. Subo los bártulos a la habitación R, tercer piso y camino hasta el centro de la ciudad. Primero degusto unos pasteles de queso y espinacas sentado en la Plaza Victoria, hace un día espectacular. El paseo al centro es accidentado. El Partido Comunista griego convoca una manifestación y la presencia policial es apabullante. Diríase que vuelvo a los territorios ocupados de Tierra Santa. Paso junto al Museo Arqueológico y al del motor, cerca de la plaza Omonoia, en obras. Esquivo a los manifestantes para continuar camino a la Acrópolis. La última parte del recorrido es peatonal y muy bella la subida por el barrio bajo, que parece sacado de un cuento árabe. Visito por segunda vez la Acrópolis y sus alrededores (10 €). Esta vez no entro por el Propileo, sino que empleo el acceso lateral tras otear el Odeón de Herodes Ático y los templos de Themis y Asclepio y el teatro de Dionisio. El Partenón sigue en obras. Me maravillo de nuevo ante el Erecteion con su célebre stoa sostenida por las cariátides. Tras 30' de visita, cierran pronto, observo la puesta de sol sobre la ciudad desde un mirador. Al bajar paso junto al Stoa de Átalos y el bellísimo templo dórico de Hefesto. Ceno en un restaurante de la plaza Omonoia, compro dulces típicos y de regreso al hostel escribo estas memorias tomando una infusión en la zona común, sin molestar a mis compañeros de habitación.



Lunes 18 de noviembre de 2019



Me despierto tarde en el hostel Zorbas de Atenas. Los compañeros de habitación resultaron ser bastante ruidosos. Recojo los bártulos y me ducho. Desayuno en una cafetería cercana. Con la caja de cartón a buen recaudo, pongo rumbo a la estación de Kifissos, donde tomo un bus KTEL con destino a Corinto (9€). Pedro Mediavilla me aconsejó evitar este trayecto en bici. Cruzo el Canal de Corinto, la obra civil más larga de la historia (2500 años de proyectos fallidos). Finalizado en 1883, mide 6 km con 25 metros de ancho y 8 metros de profundidad, excavado en un desfiladero de 40 m de altura. Ahorra a los navegantes 700 km de circunnavegación a la península del Peloponeso. Corinto me decepciona como ciudad. Desecho la idea de visitar su Acrópolis. En su lugar prefiero hacer la compra y tras comerme un bocata de jamón asomado al mar Jónico pedaleo por espacio de una hora para llegarme a la orilla del mar Egeo en Kavos. Paso por Paleo Kalamaki y Cencreas y en la distancia otro un buen lugar para pernoctar: la cara oculta de la peninsula de Loutrá Elenis. Con 16 grados, el rumor de las olas y un firmamento cuajado de estrellas no merece la pena montar la tienda de campaña.

Martes 19 de noviembre de 2019

Primera jornada 100% ciclista. me despiertan los rayos del sol a las 7 am, tras dormir al raso en la cara oculta de la península de Loutrá Elenis. Anoche, antes de dormir, vi pasar dos estrellas fugaces. Las vistas a la bahía son espectaculares, con isletas diseminadas aquí y allá. Dedico las primeras horas del día a desayunar caliente y a ajustar la parrilla volante y las alforjas al especial cuadro de la Corratec de Kekio. La verdad es que me transmite buenas sensaciones, refrendadas por la etapa de hoy. Salgo pues por la N10 para recorrer un paisaje de ensueño, primero cerca de la costa, por Kato Almiri y más tarde subiendo y bajando carreteras de interior sin apenas tráfico. Atravieso extensos pinares, algunos con sangrías para recoger su resina. Pequeñas iglesias jalonan el camino, destacando por su antigüedad y austeridad. Su factura recuerda al proto románico asturiano. Repico las campanas, exentas, y continúo por campos de cultivos, olivares y más cerca del mar, cítricos. Afano unas naranjas tan buenas que me dan ganas de llorar. Las nueces sin embargo están estropeadas, podridas en el suelo. Dejo atrás estaciones de servicio, bares de carretera, pequeñas localidades… así que no me resulta difícil el reaprovisionamiento. El pan y las pastas son exquisitas, y qué decir del pastel de espinacas o el de queso. Así me llego a uno de los hot spots del viaje: el yacimiento griego de Epidauro (6 €) patrimonio UNESCO. Forman el complejo las ruinas del santuario de Asclepio, un templo de Artemisa, un tholos (templo clásico de planta circular rodeado de



columnas) y sobre todo el teatro de Epidauro, entre los mejor conservados de Grecia. Da cabida a 2000 espectadores y ya en la antigüedad fue célebre por la armonía de sus proporciones. Data del siglo 4 antes de Cristo. En general, el yacimiento da una sensación de abandono, directamente proporcional a la libertad de movimiento entre las ruinas. Salgo en busca del mar. Hago la compra en Adami y dejo atrás Dimosia y Koliaki. Se hace de noche buscando chupano. Me visto de luces para evitar accidentes, y pedaleo hasta alejarme de los núcleos habitados, en un olivar. Allí planto la tienda ya que el cielo está cubierto y amenaza lluvia. No ocurrirá, pero sí me despertarán los pasos sigilosos de animales nocturnos que se acercan a husmear la tienda. Estoy cerca de Palagia.

Miércoles, 20 de noviembre de 2019

Amanece un nuevo día, plomizo, en el olivar elegido para pernoctar. Recojo pronto, desayuno y me lanzo a la aventura. Los primeros kilómetros de la etapa resultan muy duros y eso que anoche dormí bastante bien en mi tienda cerca de Palagia. Por fin, tras un fuerte descenso, alcanzo el mar y avanzo por la carretera de la costa, con buen asfalto y arcén generoso que nunca viene mal, aunque el tráfico sea escaso. Dejo atrás poblaciones marineras mientras los rayos del sol me reconfortan con su calor, olvidando el frescor de la primera parte de la etapa. Así pues, Kalloni y Psifta, con su laguna salobre poblada por flamencos, preceden a la península de Methana, al norte del Golfo Sarónico. Hago compras en un supermercado y llego finalmente a Galatas (km38) quedan 10' para que salga el ferry boat que salva los 200 metros que separan esta localidad de Poros, maravillosa isla doble ubicada al sur del Golfo Sarónico, de 31 km cuadrados y con 4000 habitantes. Pedro Mediavilla me aconsejó visitarla, y cuenta con servicios directos al Pireo (48km) y otras islas griegas. Pedaleo por su coqueto puerto cuajado de edificios neoclásicos. Curso postales a las chicas y a Pedro. Camino de la playa más cercana, sorteo la prestigiosa Academia Naval helénica y el primer astillero moderno de Grecia (1827). La playa resulta estar vacía, así que me pego un buen baño sin testigos ¡Viva la low season! Tras el baño, la colazione sentado en unos bancos que miran al mar. Cerca del puerto me tomo una infusión justo antes de embarcar de nuevo hacia Galatas. Pongo ahora rumbo al sur por una carretera quebrada y exigente que se suaviza al llegar a la cara sur de la península Argólida, camino de Metoxi, a donde llego por obra y gracia del destino con el tiempo suficiente, 30', para tomar el último ferry con destino a Idra. Antes descanso y compro la cena en la tasca cercana. La isla es un paraíso libre de vehículos. Los únicos desplazamientos permitidos son a pie y las mercancías en burros, con la única excepción de los camiones basura. El puerto es casi tan bonito como el de Bonifacio, y de aquí parten empinadas calles que se

adentran hacia el interior montañoso de la isla, que cuenta con cuatro rutas senderistas. En las terrazas, los escasos turistas disfrutan de una noche excepcional (20 grados centígrados) .En definitiva, un fin de etapa ideal. Espero hasta las 22 h 30 a que unos jóvenes me dejen libre un lugar de pernocta en una terraza ubicada junto a la bocana del puerto.



Jueves 21 de noviembre de 2019

Dormir en la isla de Idra, la isla libre de vehículos, ha sido una experiencia única. La prohibición alcanza a todo tipo de vehículos, incluidas las bicis. De hecho, un vecino me increpó anoche por montar sobre la mía. Yo creía que la prohibición tan solo alcanzaba a los vehículos motorizados. Desayuno de 7 a 8 h, en la misma terraza en la que he pernoctado, junto a la bocana del puerto. Recargo el móvil en la panadería donde hago la compra, mientras espero a las 9 h para embarcar de vuelta a Metoxi. Paseo cerca de las dependencias de la escuela naviera y de la estación de bomberos. La historia de Grecia y su liberación del Imperio Otomano hubiera sido distinta de no haber contado con la potencia marítima de esta isla que contribuyó con más de 150 barcos a la causa, causando muchos daños a la Armada otomana. Un dato curioso: el cantante Leonard Cohen vivió 8 años en esta isla. De vuelta a la Argólida, me visto de corto tan pronto desembarco en la orilla opuesta. Pedaleo en dirección oeste a lo largo de la costa, pasando por los humedales de Plepi y los cultivos de Thermisia, en plena tarea de recolección. Aquí se acaba la costa por hoy. Acopio víveres y recargo el móvil, mientras almuerzo en un parque soleado. La temperatura ronda los 30 grados. Debo tomar ahora una carretera accidentada que pasa por Iliocastro y Loukaitis. Sin entrar en Didima, la carretera zigzaguea entre montañas y a la altura de Neochori giro al oeste buscando el mar. Me detengo a comer cerca de Vothiki, acompañado por uno de los miles de perros que inevitablemente se unen a mis colaziones, campantes por toda Grecia. Los cielos cubiertos se abren a mi paso por Kanapitsa, minúsculo enclave que afortunadamente cuenta con una pequeña iglesia cementerio con porche cubierto, nada más pasar Stavropodi. Durante la etapa, observo disgustado que la rueda trasera llega en ocasiones a rozar con las vainas, lo que me obliga a replantearme el uso de neumáticos anchos 2.20' para la práctica del cicloturismo. Debido a la fuerte tormenta, me veo obligado a montar incluso la tienda bajo el porche. Afortunadamente no precisa sujeciones en el suelo.

Viernes 22 de noviembre de 2019

La tormenta por fin ha amainado, y da paso a una mañana soleada y cálida que observo desde el porche de la iglesia de Kanapitsa. Desayuno junto al cementerio. Lavo la ropa maloliente en un grifo. Pongo a secar la tienda y algunos enseres que se mojaron ayer tarde en el fragor de la tormenta. A punto estoy de marchar cuando llega el ermitaño, hombre de pocas palabras, como el resto de sus compatriotas. Resulta que he pernoctado en el punto más alto de la ruta, y ahora todo es bajar y bajar hasta el nivel del mar en Kantia, cerca de Iria. Los cultivos se suceden, y afano naranjas con solo alargar la mano, y un par de

remolachas rojas para alegrar las ensaladas. Tras Vivari y Drepano recorro las calles de Tolo, situado en una idílica bahía.



El ansiado carril-bici que antecede a Nauplia no aparece por ninguna parte, así que desando parte del camino y rodeo las colinas que protegen a la capital y puerto del golfo argólido. Nauplio fue hijo de Poseidón y Amimone. La ciudad ha estado habitada desde la Edad del Cobre, que en Grecia se denomina periodo heládico. Durante la guerra de liberación otomana la ciudad fue residencia del Congreso y del gobierno de Grecia. Pedaleo hasta el centro de la ciudad. Visito el puerto. Desecho la idea de ascender mil escalones para visitar la fortaleza de Palamidi. Hago la compra en un súper y como junto a las piscinas naturales. El sol aprieta de lo lindo, 33° C. Estreno ciclocomputador con sensor de temperatura. Charlo con dos burgalesas, madre e hija, que pasan unos días en la región. Elena, la hija, orbita cerca de BcB. Me despido de mis compatriotas y decido pedalear la bahía durante el anochecer. Recargo agua en una gasolinera. Dos fábricas estropean la foto con sus humos oscuros. El ciclocarril junto al mar está en obras, así que debo avanzar por la carretera, asediado por el tráfico pasando por Nea Kios, Myloi, Lerna y finalmente Kiveri. Por cierto, Lerna posee uno de los mejores túmulos prehistóricos del país, y en la antigüedad mitológica era conocida como la guarida de la Hidra, la serpiente acuática, ctónica de múltiples cabezas, objeto del segundo trabajo de Heracles. Oteo un buen chupano junto al mar, en un parque infantil. Aquí decido finalizar la etapa de hoy. Hago tiempo en una tasca frecuentada únicamente por varones. Aquí me cambio de ropa. Cargo el móvil y escribo estas memorias mientras los paisanos miran la TV fuman y beben café. Apenas ingieren alcohol.

Sábado 23 de noviembre de 2019

¡Qué bien he dormido de chupano en el parque infantil de Kiveri!. A las 7 am amanece y salgo de mi barco de madera. Los primeros pescadores ya se dejan ver por la zona, al final del paseo marítimo. Desayuno en un chiringuito cerrado y recojo el petate. Aún así son casi las 9 am cuando comienzo a pedalear. Paso por Myloi, Lerna y Nea Kios. La bahía de Argos está cubierta por una suerte de neblina mística. Pongo ahora rumbo a Argos, visible en la distancia, merced a la imponente silueta de su castillo. Fundada en el 2000 a.C, la tradición la considera patria de muchos personajes de la mitología griega. Es considerada la ciudad más antigua de la Hélade. En su doble yacimiento encontramos un ágora descomunal, un teatro para 20000 espectadores, un odeón y un ninfeo romano. También un complejo termal y el templo de Afrodita. Compro un tentempié en la panadería y la reservo para más adelante. La plaza de la localidad cuenta con una gran iglesia. Recobro fuerzas en una cafetería y salgo por la calle Corinto en dirección al yacimiento de Micenas, UNESCO site desde 1999, a tan solo 12 km de Argos y cerca de la población de Mikines. Toca remontar una cuesta y desembolsar 6 € para visitar un yacimiento que por su importancia da nombre al periodo de la historia griega entre 1600 aC y 1100 aC. Situado en lo alto de una colina

con vistas al golfo argólido, sus restos más sobresalientes: murallas ciclópeas, construcciones funerarias etcétera, te dejan sin aliento. Las piedras conglomerados que forman las murallas son de un tamaño descomunal, especialmente los dinteles de las puertas de acceso, ya que desconocían el arco y la argamasa. En la Acrópolis, además de la zona noble, extramuros, se conservan restos de varias viviendas. También resulta posible visitar una cisterna subterránea de 18 m de profundidad que surtía de agua en caso de asedio. Me fotografío frente a la Puerta de los Leones, 1250 aC, mientras una guía italiana entretiene a los turistas. Su dintel pesa 20 toneladas y se observan dos felinos erguidos en la superficie triangular. Sobresale también el palacio con propileo. Además de los monumentos, se encontraron gran cantidad de artefactos: ajuares funerarios, objetos religiosos, armamento, utensilios de cerámica bronce o marfil. Sorprenden los dos frescos conservados in situ, teniendo en cuenta su datación del siglo 14 aC. Anonadado por lo visto en la Acrópolis y en el Museo aún resta una sorpresa. A escasa distancia visito el tesoro de Atreo, también conocido como tumba de Agamenón. Es un tholos, la tumba abovedada más grande del país y sobre la puerta un dintel de 120 toneladas, el más grande del mundo. El complejo consta de corredor, hall, sala principal y cámara de enterramiento real. Una guía explica en inglés los pormenores del monumento a un grupo de asombrados turistas. Como las previsiones que me quedan en el exterior, asediado por perros y gatos, omnipresentes. Desciendo por Mikines hasta la carretera principal, con la idea de llegar en 2 horas 20' a la costa jónica. Sin embargo, tras Dervenakia me llego a Archaia Nemea y allí decido pernoctar. Es un pueblo pequeño, con un patrimonio sobresaliente y buenos chupanos. Hago la compra en una tiendecita de las que te hacen la cuenta a mano. Oteo un buen chupano detrás de la iglesia y otro cubierto en un edificio a medio construir y abandonado. Me refugio en el único bar que veo abierto, parafraseando a Sabina, para escribir memorias, cargar el móvil y tomar una infusión caliente. La clientela escasea y me invitan a dormir en la terraza cubierta. Me emociona el gesto que agradezco con toda el alma ya que llueve con fuerza en estos momentos.



Domingo 24 de noviembre de 2019

Esta mañana vienen temprano a abrir el bar en el que me refugié anoche, en connivencia con los dueños. Así que de buena mañana desayuno opulentamente en la barra del bar de mis anfitriones, en Archaia Nemea. Ayer deambulé por sus calles, disfrutando de los restos griegos: el templo, el estadio... Convido a los presentes a las pastas que compré ayer en una tiendecita local. Salgo bajo la lluvia, bien equipado, dispuesto a recorrer la escasa distancia que me separa de Corinto. Sin embargo, el destino dictará otra cosa. Entre que me he tomado un café y que el cielo está cubierto salgo pedaleando "como gallina sin cabeza" (la frase no es mía) en dirección contraria, primero por asfalto hasta Nemea y luego por caminos ya sin rumbo para finalmente hacer un tirabuzón y medio y volver a pasar junto a Archaia Nemea, a tan solo 3 km, y eso tras 15 km de duros trabajos. Me encamino

hacia Cleonas. Allí un joven me confirma cuál es la dirección correcta hacia Agyos Vasilios, cruzando sobre la autovía A7 para avanzar, al fin, por el arcén de la N7, vía Chiliomodi. Compro ganchitos en un kiosco, hago un pis stop entre dos coches y entro a rezar en la iglesia de Sant Jordi, ricamente decorada. Junto a la jamba de entrada, han dejado visible tras un cristal, un fragmento decorativo reutilizado, probablemente micénico. Poco después, dejo a mi izquierda la Acrópolis de Corinto entrando en esta ciudad por carretera. Me acerco a la estación de autobús donde adquiero el billete para Atenas. Hay muchos niños mendigando en los alrededores. Espero 20 minutos y meto la bici en la bodega, antes la disciplente mirada del chófer. La hora de travesía bajo la lluvia se pasa volando. Me apeo en el centro y me dirijo al hostel Zorbas, donde recupero la caja de cartón, y con aspecto de bici flauta finalizo mis pedaladas en la plaza Syntagma. Desmonto la bici y la embalo. Adquiero unas viandas para consumir en el aeropuerto. Eso sí, me tomo un súper menú en el restaurante de la plaza Omonoia donde cené hace una semana. Otra horita de viaje en bus y ale-hop, ya estoy en el aeropuerto.